

terio, y la enviaron con buena escolta al Monarca. Quiso el cielo sin duda edificar á la corte con el espectáculo de una santidad que no dió lugar al menor juicio equivocado. Las virtudes de la santa abadesa, confirmadas con muchos milagros, le atrajeron los obsequios de los políticos menos crédulos: su palabra fue el único testimonio que exigieron de su inocencia, y se esforzaron despues en desagraviarla de una humillacion pasagera, concediéndola un acompañamiento brillante con el que regresó como en triunfo á su monasterio.

36. Brillaba aun mas la dignidad episcopal en la monarquía por la eminente santidad de una multitud de prelados que en ella se distinguieron. San Lupo de Sens, sobrino de San Arnario de Auxerre y sucesor de San Artemio, incurrió tan injustamente como Rustícula en la desgracia del Rey Clotario que rehusó perdonarle su antigua fidelidad al jóven Sigeberto, hijo de Tierri (1). Le espulsaron con varios pretestos producidos únicamente por su baja y obscura venganza; pero desengañado el Rey por San Winebaldo, abad de San Lupo de Troyes, le alzó el destierro, quiso verle á su vuelta, y le procuró satisfacer arrojándose á sus plantas para pedirle perdon, teniendo á dicha el comer con él, y enviándole á su iglesia colmado de honores y regalos.

37. Sobresalian asimismo San Domnolio en Viena, San Austregisilo en Bourges, San Lerin en Angers de donde habia sido duque, cortesano distinguido, juez

(1) *Surius ad diem 1. Sept.*

íntegro, valiente capitan, pariente del Rey Clotario y el mas humilde de los fieles, y dotado de tan gran piedad, que siendo obispo no dejó transcurrir dia alguno sin celebrar el santo sacrificio. Era tan riguroso consigo mismo, que solo se alimentaba con un poco de pan y un vaso de agua despues de un ayuno de dos ó tres dias; y al propio tiempo se mostraba tan dulce y humano con los demás, que en los concilios defendió siempre el partido de la clemencia, rehusando estar presente á la deposicion de un obispo. Brillaba San Beltran en Mans, donde edificó tres monasterios y dos hospitales, haciendo uso para su mayor utilidad de la peligrosa ventaja que le atribuyen de haber sido el prelado mas rico de su tiempo. Todos estos insignes obispos y otros muchos que pasamos en silencio por no traspasar los límites del plan propuesto, fueron otros tantos instrumentos de que se valió el Señor para someter á los vencedores de Roma al yugo de Jesucristo.

38. Pero no nos es posible omitir el testamento que nos dejó San Beltran, monumento respetado como uno de los mas auténticos y el mas propio en su género para demostrarnos algunos usos de la venerable antigüedad. He aquí el principio: „En nombre de nuestro Señor Jesucristo y del Espíritu Santo, yo Beltran, aunque indigno pecador, obispo de la santa iglesia de Mans, estando sano de cuerpo y en mi cabal juicio, y queriendo preveer los accidentes de la vida humana, he formado mi testamento y le he dictado á mi hijo el notario Elbon, siendo mi voluntad,

que si por defecto de alguna formalidad jurídica no se recibiese en derecho como testamento, se egecute á lo menos como codicilo abintestato. Por tanto, á vos, santa iglesia de Mans, es decir, la catedral, y á vos, santa iglesia de San Pedro y San Pablo que yo he levantado, nombro por mis herederos despues de mi muerte."

Sigue el pormenor de las mandas, con la observacion, que las que corresponden á los parientes del santo obispo están consignadas sobre su patrimonio, habiendo obtenido un real decreto para poder disponer de estos bienes. En seguida de las imprecaciones contra los que se opusiesen á su testamento, concluye confirmándole contra toda disputa de este modo: „si se hallasen algunas enmiendas ó adiciones en este acto, tengan por cierto que yo las he puesto, y he cuidado de hacerlo firmar, como manda la ley, por siete personas de honor que han puesto su sello. Ruego al arcediano, que al punto que se abra le mande insertar en los registros públicos."

39. Concurrió al concilio celebrado en París en el año de 614 la mayor parte de estos prelados, al que asistieron setenta y nueve obispos de todas las provincias del imperio francés nuevamente reunidas al cetro de Clotario (1). Por consiguiente este fue sin disputa un concilio nacional, y el mas numeroso que jamás hubo en las Galias. Ocupa principalmente las páginas de los doce cánones que retenemos de aquel concilio, aunque no fueron solos como se infiere de

(1) *Tom. 5. Concilior. pag. 1649.*

la órden del Rey relativa á la egecucion de algunas disposiciones ulteriores, la eleccion de los obispos; observándose en ella la gran preponderancia que ya entonces se atribuía al poder político. Dirígense á moderarla los primeros cánones de este concilio, mandando que se establezca graciosamente sucesor del obispo que hubiese muerto, á aquel á quien el metropolitano y sus comprovinciales, el cléro y el pueblo de la ciudad eligiesen para ello. Que ningun clérigo acuda al Príncipe ó á otra persona poderosa en desprecio de su obispo. Que tampoco el obispo pueda nombrarse sucesor ni ser subrogado por otro mientras exista, á no ser en caso de inhabilidad, ya sea por deposicion canónica ó por enfermedad incurable. Prohibe el canon cuarto á todo juez castigar ó condenar á un clérigo sin el consentimiento de su obispo. Ordena el décimo, que todas las donaciones hechas á la Iglesia por los obispos y los clérigos tengan su debido efecto, aun cuando no se hayan observado exactamente todas las formalidades de la ley.

Existe otro reglamento muy mal explicado hasta el dia, relativo á los muchos judíos que huyendo de España se refugiaron á Francia, con motivo de la órden espedida por el Rey Sisebuto que obligaba á los de todos sus dominios á que abrazasen el cristianismo. Parece á primera vista que el concilio procede contra muchos de ellos del mismo modo; pero examinando el decreto con atencion, se nota que se limita á prohibir á los judíos el egercicio de cualquiera empleo ó funcion pública sobre los cristianos, á no ser

que antes reciban el bautismo juntamente con toda su familia; con la inteligencia, de que para recibir este sacramento hayan de asistirles las disposiciones convenientes.

A pesar de haber intentado el concilio de París poner freno á los recursos muy frecuentes á la potestad secular, y conceder de este modo mas libertad á la jurisdiccion eclesiástica, no dejó el Rey Clotario de dar á luz un edicto autorizando el cumplimiento de los decretos, aunque con algunas modificaciones. Manda en cuanto á la eleccion de los prelados, que el sugeto elegido por los obispos, por el clero y por el pueblo, será ordenado con aprobacion del Príncipe, es decir, que la aprobacion del Príncipe precederá á la institucion. Y si fuese dependiente de palacio ó presentado por el Príncipe, no será instituido necesariamente por sola esta consideracion, sino por su mérito de todo punto averiguado y reconocido. Clotario tuvo tambien la atencion de no añadir estas reservas sin preceder un concordato de las dos potestades, respecto á anunciarse formalmente en el edicto la circunstancia de que se hizo en el concilio, llevándolo á bien los obispos y los grandes. En efecto, principiaron los concilios á reunir ministros de una y otra jurisdiccion, interpolando en sus sesiones los negocios temporales con los eclesiásticos, segun observamos en muchos capítulos de este mismo edicto.

40. Consagróse el Rey Clotario á introducir el buen orden en sus estados, y sobre todo á restablecer las instituciones monásticas, perseguidas por los

Reyes sus predecesores y rivales. Profesó particular benevolencia al monasterio de Luxeu, y le concedió grandes rentas, pudiendo solo la moderacion de San Eustasio, sucesor de San Columbano, poner límites á sus beneficios. La admirable prudencia de este segundo abad y los beneficios de la proteccion real repararon al punto todos los perjuicios exteriores que habia sufrido; pero el mal que dimanaba del interior, produjo consecuencias mucho mas funestas.

41. Distinguióse entre la multitud de fervorosos discípulos que hacian honor al santo abad de Luxeu, uno llamado Agrestino, cuyos principios ofrecian un éxito muy distinto del que tuvo. Fue secretario del Rey Tierri, y renunció este empleo distinguido y sus grandes riquezas, para negarse á sí mismo y entregarse todo á la perfeccion regular bajo la disciplina de San Eustasio (1). Era no obstante inquieto y voluble de genio; confundia los ímpetus imprevistos del temperamento con los frutos maduros de la virtud, y no sabia suplir con la obediencia las faltas de su ligereza. Trabajaba felizmente su abad en la conversion de los paganos, que aun habian quedado cerca del monasterio en el pais de los secuanos llamado en el dia Franco-Condado, dilatando con frecuencia su predicacion hasta la Nórica ó Baviera. Al punto que profesó Agrestino, se creyó ya capaz de estas funciones sublimes, y pidió permiso para dedicarse á ellas en compañía del sabio Eustasio; quien, aunque reprendió desde luego una precipita-

(1) *Act. Bened. Vit. S. Eusthas. lib. 2. num. 6.*

cion tan poco edificativa, tuvo por último la demasiada indulgencia de ceder á sus importunidades. Negó el cielo su bendición á una mision tan poco digna del Evangelio; y lejos de coger algun fruto aquel jóven misionero en las comarcas que recorrió, cayó en el cisma de los tres capítulos que de la Istria habia llegado hasta Baviera. Convirtió en cismática una parte del monasterio, é intentó neciamente seducir al mismo San Eustasio, que se vió en la necesidad de espulsar á este celador díscolo é incorregible.

Irritóse Agrestino, y convirtió su indignacion contra la misma regla de Luxeu trabajando en desacreditarla con mil imposturas no menos viles que injuriosas; y como tenia en el monasterio muchos personajes á su favor, particularmente al obispo de Ginebra llamado Abellen, encontró medio de tornar favorable á sus deseos al mismo Rey Clotario. Celebróse en su consecuencia un concilio en Macon, en el que solo intentó el Rey convencer á Agrestino y recomendar el instituto de San Columbano, cuya persona respetaba mucho este Príncipe. Opuso solamente puerilidades el monge inquieto, las que rebatió sin trabajo San Eustasio. Dirigió sus tiros principalmente contra algunos usos particulares de los monges irlandeses, como era la forma de su tonsura, que figuraba en el pelo un semicírculo abierto por la parte anterior de la cabeza.

Oida esta queja, nacida de un celo falso é incapáz de engañar al mismo que la formaba, exclamó Eustasio en tono profético: *ya que censuras contra el dicta-*

*men de tu conciencia la conducta de un Santo, te cito al tribunal de Dios para que en él se decida en este mismo año esta causa.* Temblaron todos los de la asamblea, y el mismo Agrestino quedó aterrado dando muestras de arrepentimiento, pero no caminó con rectitud delante del Señor. Tornó al instante á turbar la paz en todos los monasterios, y sedujo por algun tiempo á San Amato, y al mismo San Romarico. Buscó á Santa Fara con ánimo de sorprenderla tambien; pero la Santa le despreció con una firmeza y arte superiores á lo que debia esperarse de su sexo, y le remitió lleno de confusion á Remiremont. Descargó la espada de la divina venganza sus golpes sobre las cabezas de aquellos que habian protegido al rebelde. Unos lobos rabiosos que entraron de noche en el monasterio despedazaron á dos de ellos, y otro se ahorcó con sus propias manos. Mató á otros veinte un rayo que cayó en la casa, y espiraron otros muchos de terror llegando al número de cincuenta personas. El perturbador licencioso que á sus graves crímenes unia el de la deshonestidad, abusó de la muger de su criado, y fue muerto de un hachazo que le dió el marido furioso, un mes antes de finar el año en que San Eustasio le habia emplazado al tribunal divino: su santo abad le siguió muy luego.

42. Nombraron para sucederle á su discípulo San Valdeberto, que gobernó el monasterio de Luxeu con admirable edificacion por espacio de cuarenta años. Salieron de las escuelas de San Columbano otros

santos abades, y aun fundadores de nuevos monasterios, y muchos ilustres obispos. Obtuvo del Rey Clotario San Valerio, natural de Auvernia, la posesion de Leucona en el territorio de Amiens, donde puso los cimientos de un pequeño monasterio y en donde espiró. Observamos que rezaba dos oficios, el galicano y el de San Columbano.

Levantóse algun tiempo despues de su muerte una cruel persecucion contra sus discípulos, motivo por el cual se vieron obligados á abandonar esta fundacion. San Blimundo que era uno de ellos se retiró hasta Bobio para vivir bajo la obediencia de San Áttalo, y de allí con el tiempo regresó á Francia á fin de establecerse en Leucona bajo la proteccion de Clotario, y poner fin á los restos del paganismo que ocasionó segun conjeturas la persecucion. Restableció por fin el monasterio que existe todavía con el nombre de San Valerio. Los obispos que salieron de Luxeu en estos primeros tiempos son: San Chandal de Leon, San Achario de Noyon y de Tournai, San Omer de Teruana y de Bolonia, San Ragnacario de Augt y de Basilea, San Donato de Besanzon, hijo del duque de Borgoña Transjurana y sacado de pila por San Columbano á cuyas oraciones debió su nacimiento. Estableció en su ciudad episcopal el monasterio de San Pablo segun las reglas de San Benito y de San Columbano. Fundó tambien su madre Flavia otro de monjas, para las cuales el santo obispo escribió una regla sacada de San Cesario y de las instituciones de San Columbano y de San Benito.

43. y 44. Muéstranos el concilio de Rems, celebrado en el año 625 (1), que existió otro gran número de santos prelados, á saber: San Sandulfo ó Sindulfo de Viena, San Sulpicio de Bourges por sobrenombre el piadoso, y diferente de San Severo Sulpicio tambien arzobispo de Bourges, y en fin San Cuniberto de Colonia que son los mas célebres. Antes de elevar á Sulpicio á la dignidad de obispo, pretendió nombrarle el Rey Clotario para egercer el ministerio de abad de sus egércitos, lo que nos suministra una idea de las costumbres de aquel tiempo con respecto á los religiosos que llevaban los Reyes en su compañía para celebrar el oficio divino.

Fue el objeto principal de este concilio promover la observancia de los cánones establecidos en el de París, que se celebró cerca de diez años antes y que de nuevo se nombra general, esto es, nacional. Tambien prohíbe sacar de las iglesias á los que se hubiesen refugiado á ellas, á menos que no se ofrezca con juramento librarlos de la muerte, de la mutilacion y de la tortura. Mas ordena que no se ponga en libertad al refugiado sin que antes ofrezca cumplir la penitencia canónica señalada para su delito. Quedará escomulgado toda su vida si fuese reo de homicidio voluntario, y despues de cumplida la penitencia no recibirá el viático como no sea en peligro de muerte. Tambien prescribe que no sea instituido obispo el que no fuere natural del pais para donde se destina; regla que se cumplia tan fielmente, que algunos años

(1) *Tom. 5. Concilior. pag. 1638.*

antes no encontró San Galo razón mas eficaz que su circunstancia de extranjero para eximirse del obispado de Constanza.

45. Fundó San Riquier por aquel mismo tiempo el célebre monasterio de Centulo, conocido en el dia con el nombre de su fundador (1). Nació en las inmediaciones de Pontieu, de una familia respetable por su nobleza y opulencia, y debió su vocacion á dos santos sacerdotes de Irlanda, llamados Caidoc y Fricor, que se hospedaron en su casa al llegar á Francia. Fue tan austero y áspero su método de vida, que teniendo el pan de cebada por manjar muy delicado le ponía ceniza, y solo comia de él dos veces en la semana. Recibió el sacerdocio, egirió la vida apostólica á pesar de sus asperezas, y corrió con celo infatigable y con mucho fruto hasta la Gran Bretaña.

46. Entanto que la Religion se cubria así de gloria entre los bárbaros del occidente, los persas la causaban en oriente mortales angustias. Adelantáronse, despues de haber asolado la Palestina, el Egipto, la Libia y Etiopia, capitaneados por su general Saen hasta Calcedonia, separada por un brazo estrecho de mar del continente de Europa y de Constantinopla, desde cuya ciudad se divisaba todo su ejército. Salióles al encuentro el Emperador Heraclio, y á fuerza de regalos y lisonjas pudo reducirles á que se retirasen. Pensó lograr lo mismo de su Rey por unos medios de igual naturaleza, y le mandó embajadores. Mas como se aumentaba el orgullo de Cosroas á pro-

(1) *Bolland. tom. 2. pag. 187.*

porcion que decaía la magestad romana, les respondió, que no suspenderia los efectos de su indignacion hasta tanto que los romanos adorasen al sol en lugar del Crucificado. El celo de la Religion reanimó el valor del Emperador: era tiempo de pascua, y la celebró con una piedad tierna, partiendo el dia siguiente á la frontera de Persia.

Reunió todas las legiones luego que llegó al ejército, y teniendo en sus manos un crucifijo que miraban los soldados como á su mas segura defensa, y que juzgaban no haber sido formado por manos de hombres, les juró solemnemente que pelearia con ellos hasta la muerte, y que permaneceria siempre á su lado como un amoroso padre en medio de sus hijos.

„Ya veis, añadió, como nuestros soberbios enemigos se ostentan todavía mas contrarios de Dios. No cesan de introducir el fuego en el santuario, de ensangrentar los altares destinados al sacrificio de la víctima incruenta, y de profanar los lugares mas santos con monstruosas impurezas, poco satisfechos con haber transformado en desiertos nuestras bellas provincias, y reducido á espantosas ruinas nuestras mejores ciudades. No miremos en nosotros, soldados de un Dios Santísimo el único Omnipotente, mas que la nobleza de nuestro destino, y despreciemos unos peligros que alejará el Señor ó los convertirá en ventaja nuestra.” Justificaron los efectos la viva impresion

(1) *Theophan. ann. 6. Heracl. Paschas Chron. pag 386.*

que obró este discurso en el corazón de las tropas. Volvieron los romanos desde esta primera campaña á adquirir la superioridad á que estaban acostumbrados, y derrotaron á los persas completamente en Armenia.

No fueron mas que una serie de triunfos las tres campañas siguientes. Penetró Heraclio hasta el centro de la Persia, tomó la ciudad de Gaza tenida por santa entre los infieles, y donde se admiraba su famoso templo del fuego. Mas el impío Cosroas tuvo la demencia de erigirse en deidad principal. Veíase en el palacio su estatua colocada sobre una cúpula, símbolo del cielo, y al rededor el sol, la luna y las estrellas, y muchos grupos de ángeles ó genios que le presentaban cetros en ademán de homenaje. Unas máquinas hábilmente preparadas hacian caer la lluvia y vibrar el rayo. Condenó el Emperador á las llamas todos estos monumentos de la idolatría, ó mas bien del ateísmo. Al instante principió á purificar su ejército por espacio de tres dias, y abrió á la ventura el libro de los Evangelios para consultar al cielo sobre la ruta que debia emprender; de lo que inferimos que la superstición de la suerte por los libros santos tenia admiradores entre muchos cristianos de oriente así como de occidente. No tardó Heraclio en conocer cuan odiosa era la tiranía de Cosroas á sus propios vasallos. Resonaron mil aclamaciones de alegría y mil bendiciones por todas partes en honor del Príncipe cristiano, con motivo de haber concedido la libertad á cincuenta mil cautivos persas que lleva-

ba consigo, y haberles dado todos los auxilios necesarios con una caridad no conocida en aquel pueblo idólatra. Pidiéronle con lágrimas que fuese el libertador de la Persia, dando muerte á Cosroas, á quien miraban como á enemigo del género humano.

47. No estaba muy lejos esta catástrofe; pero debia acontecer de un modo mucho mas funesto de lo que creían. Sufrió antes de perder la vida aquel déspota soberbio todas las humillaciones que para él eran mas dolorosas y sensibles. Fueron derrotados los persas y enteramente destruidos en una batalla que duró once horas, y en que solo perdieron la vida sesenta romanos. Trató abiertamente el mayor de sus generales llamado Sarbazara con los romanos, cuyas miras no eran otras que la paz, y se declaró sin rebozo contra su Soberano.

Como Cosroas, atormentado por una enfermedad, tuviese que entregarse á su lecho, quiso coronar á su hijo Mardesan, habido en la mas querida de todas sus mugeres. Sublevóse Siroes su primogénito: logró subir al trono, é hizo la paz con Heraclio. Cosroas fue arrestado, cargado de cadenas y encerrado en una torre llamada la casa de las tinieblas, que él mismo habia construido para guardar sus tesoros. Ansiando el Rey su hijo castigar lo que solo deberia haber detestado, mandó que se le diese un poco de pan y agua á fin de que el tormento del hambre fuese mas largo y mas sensible. Que se alimente, decia, con el oro que tanto se ha esmerado en acumular, dejando perecer de hambre á tantos inocentes. Envió

